

«to que no me fue dado coronarla en vida  
«como emperatriz mia, quiero á lo menos  
«coronarla hoy como reina inmortal en el  
«reino de Dios<sup>1</sup>.» Además de la corona,  
deposító sobre la urna la copa de oro en  
que acostumbraba beber en los grandes  
convites, y la cual sirvió despues para en-  
gastar el cráneo de la Santa<sup>2</sup>. Y luego lle-  
vó de la mano á la ofrenda al hijo de la  
Santa, el jóven duque Hermann; haciendo  
la Emperatriz lo mismo con las princesitas  
Sofía y Gertrudis. La anciana duquesa So-  
fia y sus dos hijos Enrique y Conrado se  
acercaron tambien á venerar los restos glo-  
riosos de la que tan mal conocieron y tra-  
taron en otro tiempo; y orando largo rato  
junto á ellos, ofrecieron ricos presentes  
en honor suyo. Los nobles y el pueblo que-  
rian á un tiempo llegarse al altar y depo-  
sitar sus ofrendas al pié de la urna: y los  
cristianos de diversos países, allí reunidos,

historiadores en 4500 florines. El *Passional* añade  
que era la misma corona del Emperador. Segun  
Cesario los religiosos habian de antemano cortado  
con un cuchillo los cabellos y carne que habia aun  
adheridos á la sacra cabeza: *Ne illis visio aliquid  
horroris intuentibus incuteret.*

<sup>1</sup> *Cod. Heidelb.*, f. 31.

<sup>2</sup> *Chron. Senon.*, lib. IV, c. 31, ap. Spicileg.

quisieron celebrar el oficio á su modo y  
cada uno con los cánticos de su respectiva  
patria; lo cual hizo que la ceremonia dura-  
se muchísimo tiempo<sup>1</sup>. Las ofrendas fueron  
abundantes y ricas cuanto no es creible;  
pero aun así no alcanzaban al parecer á de-  
jar satisfecha el ansia con que aquellas al-  
mas piadosas pugnaban por adornar y em-  
bellecer aquel florido lecho de milagros en  
que dormia la amada Isabel. Las mujeres se  
arrancaban las sortijas, los adornos del cue-  
llo y del pecho y todas las demás joyas del  
tocado; otros ofrecian ya cálices, misales,  
ornamentos y alhajas para la hermosa y  
grande iglesia que pedian se alzase al mo-  
mento en honor suyo, á fin de que residie-  
ra en un lugar correspondiente á su santi-  
dad y honra, y su alma se hallara tanto  
mas dispuesta á interceder con Dios en pro  
de los que la invocaran en los trabajos<sup>2</sup>.

De pronto una nueva maravilla vino á  
dar creces á la pública veneracion y nue-  
vo testimonio de la solicitud divina para  
con la gloria de su sierva<sup>3</sup>. Al destapar en

<sup>1</sup> P. Archang., 516; P. Apollin. pag. 335.—  
*Vita Rhyt.* § 43.

<sup>2</sup> *Vita Rhyt.* loc. cit.

<sup>3</sup> Theod. VIII, 15.



la mañana del siguiente día la caja en que reposaba el cuerpo asegurada con los sellos episcopales, la hallaron llena de un aceite sumamente sutil, delicado y de un aroma superior al de los mas preciosos nardos. Manaba gota á gota de los huesos de la Santa este aceite cual celestial bienhechor rocío<sup>1</sup>; y á medida que era restañado ó recogido, tornaba á aparecer de nuevo en imperceptibles moléculas á manera de traspiracion vaporosa<sup>2</sup>.

Al ver tan estupendo milagro, clero y fieles sintieron un nuevo acceso de devoto reconocimiento hácia el divino Autor de tales maravillas, y de entusiasmo hácia el objeto de ellas; y con esa penetracion que infunde en las almas la fe, no tardaron en alcanzar la inteligencia del sentido místico y simbólico del fenómeno. «¡Oh milagro admirable y hermoso! ¡oh milagro digno, decian, de la Santa, y tan conforme con nuestros votos y oraciones<sup>3</sup>! Huesos mortificados y quebrantados por ejercicios de austera penitencia exhalan ahora dulce perfume, cual si se rompiera el vaso de

<sup>1</sup> Theod. VIII, 13.

<sup>2</sup> Ibid.

<sup>3</sup> Ibid.

«alabastro que encerraba el bálsamo de la «Magdalena. Destila el cuerpo el aceite «santo y dulce de las obras de misericordia «practicadas en vida; y sobrepuja la misericordia á todos los juicios de Dios, como «el aceite sobrenada en todos los licores «con que se mezcla<sup>1</sup>. Ved como mana en «mas abundancia de los piés, que tantas «veces la encaminaron á la choza de los «pobres<sup>2</sup>, y á donde quiera que hubiese «miserias que aliviar. Esta amada Isabel, «bella y fecunda oliva florida y perfumada «por la virtud, recibió, como el aceite, el «tripe don de alumbrar, alimentar y curar. «¡Cuántos enfermos de cuerpo ó de alma «curó esta soberana medicina con sus ejemplos de santidad y caridad! ¡cuántos millares de pobres alimentó y sació este nutritivo alimento! ¡con cuántos prodigios «no ha iluminado esta luz á toda la Iglesia! «Pues con mucha razon este licor suave, «este aromático aceite, viene á proclamar «la santidad de quien brilló tan pura, curó «tan dulce y compasiva, nutrió tan gene-

<sup>1</sup> Cod. Flor., 161.

<sup>2</sup> Caesar. Heist. loc. cit.



«rosa, y toda su vida exhaló tan exquisito  
«y fragante aroma<sup>1</sup>.»

Con esmero piadoso fue recogido por el pueblo este milagroso aceite, y con él se obtuvieron muchas curaciones de enfermedades graves y peligrosas heridas.

Tantos celestiales favores consagrados por el supremo sufragio de la Iglesia, y los honores por ella con tal solemnidad decretados á la nueva Santa, no podían menos de aumentar el número y el fervor de los fieles que en su sepulcro buscaban alimento á la piedad y remedio á los males: desde muy luego se difundió su gloria por to-

<sup>1</sup> Canisius, loc. cit. — Aun los menos familiarizados con los escritos legendarios y ascéticos de la edad media, no ignorarán el profundo simbólico sentido que en todos ellos se atribuye al aceite. En san Bernardo, *Serm. XV super Cantica*, y en san Gregorio, c. v *in Reg.*, hay pasajes admirables sobre el asunto. También contiene un buen resumen de este punto de vista el final de la leyenda de santa Waldpurga por el obispo Felipe de Eichstadt en el *Thesaurus* de Canisio, t. IV, pág. 230. Además de santa Isabel, se citan también su tía santa Hedwigis, santa Waldpurga, santa Catalina, san Demetrio mártir, y sobre todo san Nicolás de Mira, entre los Santos cuyos huesos han recibido el privilegio de destilar un aceite saludable.

do el mundo cristiano, y atrajo á Marbourg multitud de peregrinos tan grande como la que acudia de todos los puntos de Europa al sepulcro de Santiago en Compostela<sup>1</sup>.

En alas de la tierna confianza emprendían este largo y penoso viaje muchísimos fieles, á quienes favorecía el Señor con numerosos milagros<sup>2</sup>. Entre los que con todos sus pormenores nos han conservado las leyendas y crónicas, escogeré dos para referirlos aquí, por tener á mi juicio un especial carácter de conmoviente ternura, y porque ambos demuestran hasta qué punto la fe en nuestra Santa, y el amor que ella inspiraba, se propagaba con rapidez y echaba raíces aun en las comarcas mas remotas.

Por lo demás era muy natural el que, especialmente en Hungría, por ser su patria, se estableciera y afanzara el culto de Isabel; como también el que subieran allí de punto las muestras de alborozo y admiración excitadas por el relato de su vida, y la nueva de ser ya canonizada y venerada en

<sup>1</sup> Wadding, pág. 389.

<sup>2</sup> Tráelos Wadding en gran parte, t. II, página 389, y también el *Passional*, f. 63-65.



los altares. Érase, pues, por este tiempo en la ciudad de Hungría, Estrigonia, un honrado y piadoso matrimonio, cuya única hija, todavía muy niña, acababa de espirar. Abrumados los míseros padres por tan dolorosa pérdida, rendidos del llanto y de los gemidos, se retiraron á descansar; pero no sin que una gran parte de la noche la pasaran platicando acerca de su terrible infortunio<sup>1</sup>. Entre tanto, como la madre al fin se hubiera quedado algo dormida, tuvo una vision que le inspiró la idea de llevar al punto el cadáver de su hija al sepulcro de santa Isabel. Al despertar se sintió llena de una gran confianza en el Señor, y dijo al marido: «No enterremos todavía á la niña; tengamos fe y llevémosla á santa Isabel, hoy tan milagrosa por el Señor, á fin de que por su intercesion «la veamos resucitada.» El marido se dejó persuadir: y por la mañana, cuando todos aguardaban ver llevar la niña á enterrar, el padre y la madre en medio del general asombro la metieron en un cesto y se pusieron en camino para el santuario de Isabel, sin que les detuviera de llevar á cabo el extraño proyecto el oír como las gentes

<sup>1</sup> Theod. VIII, 16.

murmuraban y se burlaban de él altamente<sup>1</sup>. Treinta dias hicieron de camino con gran tristeza, fatiga y trabajo de toda especie; pero al cabo de este tiempo, apiadado el Señor de su gran fe y de su dolor, por los méritos de la amada Isabel restituyó la inocente alma al inanimado cuerpo, y la niña se presentó llena de vida á los atónitos ojos de aquellos padres, que fuera de sí en fuerza de la alegría, no por eso dejaron de continuar su viaje y llevar la hija á Marbourg al sepulcro de nuestra Santa. Despues de haber dado allí gracias á su milagrosa medianera, se volvieron para Hungría á gozar de la prodigiosa inesperada dicha que debian al cielo. Mas adelante la niña resucitada acompañó á Alemania á una hija del Rey de Hungría que fue dada en casamiento al Duque de Baviera; y habiendo venido á Ratisbona con la Princesa su señora, tomó el hábito de monja en un convento de Dominicas, del que fue despues priora, y en el cual vivia todavía cuando Teodorico escribió su historia.

Por este tiempo habia tambien en Inglaterra una noble señora que despues de veinte años de matrimonio se quedó viuda,

<sup>1</sup> Theod. VIII, 16; Herm. Frizlar.



y con el gran pesar de no haber tenido nunca sucesion. Para consuelo de su viudez y soledad se vistió una ropa de color gris, se cortó el cabello y adoptó doce pobres que le sirvieran de hijos<sup>1</sup>; y á este fin les tenia alojados en su casa, les daba de comer, les vestia, les lavaba y servia con sus propias manos. Donde quiera que veia á un pobre, se llegaba á él y le daba limosna por amor de Dios y de santa Isabel, pues habia oido hablar de ella y la amaba sobre todas las cosas del mundo, y la estimaba sobre todos los demás Santos de Dios; de forma que el pensamiento de su querida Santa no se apartaba un punto de su corazon, ni dejaba de meditar de dia y de noche en su santa y bienaventurada vida<sup>2</sup>.

Dispuso Dios que esta noble y piadosa señora muriera; y su confesor dijo á los que la lloraban, que era preciso conducirla al sepulcro de santa Isabel, pues sabia él que en vida habia hecho la difunta voto de ir allá y visitarlo. Seguieron este consejo los interesados, y cruzando el mar y una vasta extension de territorio, llegaron

<sup>1</sup> *Passional*, f. 63.

<sup>2</sup> *Ibid.*

á Marbourg con el cadáver á las siete semanas de viaje. Despues que invocaron con gran fervor á la Santa, vieron que el cuerpo de la piadosa señora se reanimó de improviso, y volvió á la vida, diciendo así: «¡Cuán feliz soy! ¡he reposado en el seno de santa Isabel!» Quisieron entonces sus amigos llevarla de nuevo á Inglaterra, mas no pudieron recabar de ella el que abandonase aquellos sitios santificados por su celestial amiga; y en ellos vivió muy santamente todavía quince años, pero en un profundo silencio, pues únicamente hablaba con su confesor. Y como cierto dia le preguntase éste la causa de tan absoluto y constante silencio, le respondió ella: «Tuve, mientras reposé sobre el seno de Isabel, tal arrobamiento de alegría, y fue «mi dicha tan cumplida y acabada que no «me es dado pensar en otra cosa sino en «recobrar esta felicidad para toda la eternidad!»

Entre tanto por todo el ámbito de la cristiandad se propagaba el culto de Isabel; y mientras los peregrinos visitaban á millares su sepulcro, erigianse á lo léjos de allí muchas iglesias en honor suyo y bajo su advocacion; por doquiera, pero sin-



gularmente en Tréveris, Estrasburgo, Cas-  
sel, Winchester, Praga, la Bélgica toda,  
los conventos, hospitales y demás asilos  
del sufrimiento físico y moral la tomaban  
por su protectora y abogada para con Dios.  
El Abad de San Galo, acordándose de la  
promesa que durante su destierro le hicie-  
ra la Santa de ser siempre su intercesora  
para con el Señor, no dudó le guardaría  
su palabra en el cielo aun más fielmente  
que en la tierra; y en uno de los patios in-  
teriores del monasterio erigió en honor su-  
yo una capilla y altar. En Hungría, patria  
de la Santa, edificó la ciudad de Kaschau  
una magnífica iglesia en honra de Isabel;  
y como muchos alemanes de Turingia emi-  
graran por este tiempo á la citada ciudad,  
la devoción á la santa Duquesa les servía  
de lazo entre la antigua y nueva patria.  
Estéban V, sobrino de Isabel, contribuyó  
con celo á la construcción de este edificio  
que llegó á ser el monumento más bello de  
arquitectura ojival en todo el reino, y que  
por Matías Corvino, el más ilustre de los  
sucesores de aquel Monarca, fue enriqueci-  
do en el siglo XV con un admirable taber-  
náculo.

En medio de tan dulces y tiernos home-

najes, derramando en cambio beneficios á  
manos llenas, permaneció por espacio de  
tres siglos bajo las bóvedas de su suntuosa  
iglesia y la custodia de los caballeros teu-  
tónicos, siempre cruzados por la fe, el cuer-  
po de nuestra amada santa Isabel, excep-  
to el corazón, su parte más noble; pues el  
obispo de Cambray, Godofredo, pidió y ob-  
tuvo esta preciosa reliquia, la hizo trans-  
portar con toda pompa á su ciudad episco-  
pal y colocarla en uno de los altares de la ca-  
tedral <sup>1</sup>. La historia y la tradición guardan  
silencio acerca de los motivos que los fie-  
les de Hesse pudieron tener para consentir

<sup>1</sup> Nota de los Mss. de los Bolandistas de Bruse-  
las, extractada de la *Historia de Cambray y del  
Cambresis* por J. Lecarpentier, Leyde, 1669, t. I,  
pág. 379. — Este autor, fundado en la crónica ma-  
nuscrita de Paulo Gelicq, escritor de principios del  
siglo XVI, fija la época de la traslación del cora-  
zón de la Santa en 1232. Habla también de seis be-  
neficios fundados en la catedral de Cambray, por  
santa Isabel, ó más bien en honor de ella, por el  
obispo Guy de Laon en 1238. Los informes toma-  
dos sobre este particular en Cambray mismo por  
Mr. Stædler no han dado resultado alguno. Duran-  
te el Terror fue destruida la gran catedral. Mas,  
como añade él muy bien, el nombre de la Santa,  
dado á una de las calles de la ciudad, demuestra  
que era objeto allí de la popular veneración.



en despojarse de tan precioso tesoro en favor de una diócesis tan apartada de su territorio. Acaso haya sido misteriosa disposición de la Providencia el que este tan puro y tierno corazón fuera á Cambray á ponerse en contacto con otro corazón, el corazón de Fenelon, tan digno del de Isabel por su humildad, su caridad y amor fervoroso de Dios.

El día de la festividad de la Santa, conforme á lo prescrito por el Soberano Pontífice, fue celebrado en toda la Iglesia; y por lo que hace á algunas diócesis, con religiosidad y pompa de todo punto especiales y esmeradas; entre ellas la de Hildesheim era muy de notar por la solemnidad con que festejaba tan hermoso aniversario, y la armonía de sus cánticos en honor de la Santa que resonaban bajo las bóvedas de la hermosa catedral construida en honor de la virgen María, en derredor del gigantesco rosal de Luis el Bueno <sup>1</sup>. Inocencio IV, apenas tomó posesión del trono pontifical, concedió un año y cuarenta días de indulgencia á cuantos visitaran la iglesia y sepulcro de santa Isabel en Marbourg en los

<sup>1</sup> Leibnitz, *Script. ver. Brunswicens*, t. I, página 759.

tres últimos días de Semana Santa <sup>1</sup>. Sixto IV concedió cincuenta años y cincuenta cuarentenas de perdón á cuantos fieles contritos y confesos visitaran las iglesias del Orden de san Francisco en honor de santa Isabel, el día de su festividad <sup>2</sup>. Todavía hoy en dicho día se pueden ganar cien años de indulgencia en una de las siete basílicas de la ciudad eterna, Santa Cruz de Jerusalen, y en la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles; con mas, indulgencia plenaria en la de la Orden Tercera, llamada de San Cosme y Damian *ad Forum*.

Por último, tampoco podían faltar para nuestra Santa las ricas inspiraciones de la liturgia, verdadera poesía cristiana. Prosas, himnos, antífonas en gran número fueron compuestas en honor suyo, y recibidas en el uso general: las Órdenes religiosas, y en especial las de Franciscanos, Dominicos, Cistercienses y Premonstratenses, le consagraron cada una un oficio particular <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Wadding, t. III, pág. 428.

<sup>2</sup> Bula *Sacri Praedicatorum* de 1479.

<sup>3</sup> En el Breviario romano fue introducida por Clemente X esta festividad con el rito de doble menor. (Vid. D. Gueranger, *Instit. litur.* t. II, pág. 133).



Estas efusiones de la fe y la gratitud de aquellas generaciones contemporáneas de la gloria de la Santa abundan en aquel particular encanto de sencillez, gracia, piedad y ternura que distingue las antiguas liturgias, hoy tan cruelmente dadas al olvido: de esta manera quedaba recorrido, cerrado y perfecto, en obsequio de esa nuestra Isabel tan humilde y tan llena de desprecio hácia sí misma, todo el círculo de los brillantes honores, inefable galardón, gloria inapreciable y sin par que la Iglesia ha creado y reserva para los Santos.

Sí; lo digo resueltamente: ¡Santos y Santas de Dios! ¿qué gloria hay que con la vuestra pueda compararse, ni qué recuerdo humano, querido, conservado, consagrado como el vuestro? en el corazón de los pueblos cristianos ¿qué popularidad que iguale á la vuestra? ¡Aun cuando solo á esa humana gloria, cuyo desprecio es vuestro título mas bello, hubiérais aspirado, nunca, buscándola con ardiente esfuerzo, la alcanzarais tan cabal y cumplida, cual la adquiristeis hollándola con vuestros piés! Húndense en el olvido, ó no mas que en fugaces intervalos brillan en la memoria de los hombres los conquistadores y

legisladores, los grandes sábios y los hombres de genio; y para la inmensa mayoría, todos ellos pasan desapercibidos é ignorados. Vosotros, al contrario, hijos benditos de la tierra que llenais de gloria, y del cielo que poblais, sois de todos los cristianos conocidos y amados; pues todo cristiano tiene uno de vosotros, cuando menos por amigo, por abogado, por confidente de sus mas dulces pensamientos, depositario de sus tímidas esperanzas, protector en la dicha, consolador en la desgracia! Asociados á la eterna duracion de la Iglesia, sois como ella impasibles y en vuestra gloria inquebrantables. Una vez á lo menos en cada año sale el sol bajo la invocacion vuestra; y en todos los puntos de la tierra millares de cristianos se felicitan y saludan no mas que por llevar el nombre que vosotros llevásteis: y este nombre sagrado se celebra, se proclama y se canta en todos los santuarios de la fe por millares de voces inocentes y puras, voces de vírgenes sin mancha, de heroínas de la caridad, de levitas y sacerdotes, de toda la jerarquía, en fin, sacerdotal desde el Pontífice Supremo hasta el religioso en su celda, que unidos responden, así como eco el mas dulce



de la tierra, á los angélicos conciertos en los cielos. Digamos otra vez: Santos y Santas de Dios, ¿qué gloria hay que con la vuestra compararse pueda?

### CAPÍTULO XXXIII.

*De lo que, muerta la amada santa Isabel, avino á sus hijos y parientes; y de muchos grandes Santos que de su raza salieron.*

O quam pulchra est casta generatio cum claritate! immortalis est enim memoria illius; quoniam et apud Deum nota est, et apud homines... in perpetuum coronata triumphat, incoquinatorum certaminum prae-mium vincens.

(Sap. iv, 1, 2.)

No llevarán á mal mis lectores el que dedique el presente capítulo á dar algunos breves pormenores acerca de la suerte de los hijos de Isabel, así como de los principales personajes que han figurado en la historia de su preciosa vida.

Siguiendo el orden con que fueron sucesivamente desapareciendo del mundo, encontramos primero al padre de nuestra Santa, el rey Andrés. La noticia de la muerte de su hija le hundió en profunda tristeza,

causada principalmente por la idea de no haber sabido apreciar y honrar, cual se merecía, la virtud de aquella hija, dejándola, como la dejó, tan fácilmente en brazos de la miseria y el abatimiento. Tuvo, sin embargo, el consuelo de ver su santidad reconocida por la Iglesia y proclamada en el mundo cristiano; pero á poco de la canonizacion de Isabel, tambien él partió de este mundo <sup>1</sup>.

La suegra de Isabel, Sofia, murió tambien en 1238, dos años despues de haber asistido á la solemne traslacion de aquella insigne mujer cuyo mérito y bello destino desconoció por tanto tiempo: dejó dispuesto la enterrasen en el convento de Santa Catalina de Eisenach, fundado por su esposo el duque Hermann.

Su cuñado Conrado, el mas fervoroso admirador y campeón suyo tambien, no sobrevivió largo tiempo á la ruidosa satisfaccion con que enmendó los yerros y agravios hácia ella. Elegido por su piedad, su valor y singular modestia gran maestre de la Orden Teutónica, en la que le vimos entrar por espíritu de penitencia, consagró

<sup>1</sup> Bonfinii, *Rer. Ungaric.*, Dec. II, lib. VII, página 286; Wadding, t. II.